

laboratorio de ciencias cuya novedad se hizo célebre.

Para buscar a cada figura una casilla, el autor recorre las instalaciones y aledaños de San Pablo y nos detalla uno a uno sus prodigios, desde esa farmacia que fue centro de investigación terapéutica, hasta las colecciones de libros, dueñas de un humanismo que la orden procuró difundir sin desmedro de la eficacia pedagógica, convergiendo ambos propósitos en ese microcosmos limeño, tan refinado y tan plural. Nada cuesta comprender las bondades del centro. Incluso destaca el historiador que los jesuitas intentaron soslayar cualquier tipo de segregación por motivos económicos. Por ello hicieron gratuita la enseñanza de las humanidades y evitaron la imposición a los estudiantes de gasto alguno por las actividades extraescolares. Incluso trataron de evitar prejuicios raciales, según queda demostrado en un documento enviado a Roma en 1570, en uno de cuyos párrafos se comenta el mérito de varios alumnos indios que habían intervenido en una representación escolar.

Sólo la apertura en 1618 de una escuela jesuita para los niños de la nobleza indígena clausuró esa línea de integración, avanzada y muy provechosa, que con tal eficacia siguieron los rectores de San Pablo. Más tarde, al publicar el decreto que proscribía a los miembros de la orden, la autoridad puso fin a esta

magnífica institución educativa, tan hondamente afincada en la historia virreinal como el absolutismo que cerró sus puertas.

El canto del quetzal. Reflexiones sobre la literatura latinoamericana, Ángel Núñez, prólogo de Antonio Candido, Corregidor, Buenos Aires, 2001, 334 pp.

Con esta entrega, el poeta y crítico literario Ángel Núñez certifica, en vigoroso relieve, las pautas de análisis crítico y el escrúpulo de observación que conducen a demostrar cierta comunidad literaria latinoamericana. Para ello, condensa un repertorio donde la manera de emparentarse y estructurarse los apartados acaba formando un discurso multifacético pero esencial, propenso a una carácter que lo afirma culturalmente y lo somete a las jerarquías vernáculas. En coherencia con este sincretismo, Núñez capta desde el inicio una crónica de la América Latina que resulta conductora de una identidad literaria. Esta interrelación multiplica sus vínculos al aparecer los primeros intentos de historiarla, los primeros trabajos sistemáticos que instauraron sus configuraciones, invariantes y protocolos discursivos, siempre como factor de afinidad, concierto y ensamble.

Pese a su aporte de elementos probatorios para esta ligadura, Ángel Núñez es un analista lúcido, que no ignora el hecho de que los criterios para fijar los textos significativos en este ámbito no son nunca unívocos. Quien establece un canon nunca debiera adoptar en su definición el estilo de un decreto. Con esa cautela, el autor asume una diversidad de fundamentos estéticos, históricos e ideológicos, y ello le permite entrever mutaciones y variantes azarosas que desequilibran toda la aparente estabilidad del diagrama. No obstante, en este flujo de correspondencias entre la identidad local y esa literatura que viene a nutrirla, surgen matrices como el barroco y el manierismo para administrar una dinámica compartida. Bajo el mismo pabellón, se adjuntan en la gama el realismo maravilloso defendido por Carpentier y el surrealismo mágico que puso por escrito Miguel Ángel Asturias, así como las redundancias más sugerentes del acervo precolombino, a través de las cuales la lectura nos remite a un epicentro exclusivamente continental.

Rica en detalles bibliográficos y contribuciones teóricas, esta incursión en los rasgos modeladores de la literatura latinoamericana es una lectura incitante, que formula diversas nociones en torno a una identidad de carácter movedizo, acaso porque nunca acabará de resolverse. Frente a esa coyuntura tan ambigua,

el autor admite de buen grado la controversia, y decide aportar instrumentos para que el lector, aun si está en desacuerdo, ejerza su valoración y disponga de un cúmulo informativo nada desdeñable. Como corresponde a un ensayo de estas cualidades, lo acompañan un aporte de ilustraciones elegido con buen criterio y el excelente prólogo que firma Antonio Candido.

Jorge Luis Borges, *Fernando Savater*, Omega, Barcelona, 2002, 215 pp.

A menudo aparece el nombre de Jorge Luis Borges en la bibliografía de Fernando Savater. En fecha muy temprana, incluyó su primer texto sobre el argentino («Borges: doble contra sencillo») en una de sus obras más populares, *La infancia recuperada* (1975), y en lo sucesivo ahondó en otras paradojas y eventualidades de la empresa borgiana, variablemente metafísica y literaria. En todo caso, el recorrido erudito se dilata en la vindicación de un Borges filósofo, cuyas construcciones narrativas revelan su aprecio por la mentalidad romántica y por otras abstracciones no menos intensas. De esta secuencia concluye Savater que gran parte del atractivo y de la dignidad estética del escritor pro-

vienen justamente «del afectuoso contagio que buscan su prosa y su verso en las preocupaciones de la filosofía». A su vez —y puesto que es palmario cómo prospera su escritura conforme a este sistema de pensamientos—, le cabe añadir a Savater que «lo verdaderamente cierto no es que Borges haga fascinante a la filosofía sino que la filosofía hace fascinante a Borges» (*El País*, 21 de agosto de 1999).

En relación con el sentido de dicha cita, viene al caso destacar cómo el filósofo español amplía algunos de sus aspectos, tanto conceptuales como estéticos, al ponderar la estrategia de su autor predilecto en un volumen como éste, conciso y de ágil lectura. Titulado en páginas interiores *Jorge Luis Borges, la ironía metafísica*, no cabe duda de que apunta hacia una vieja costumbre de Savater —la exégesis filosófica—, con frecuencia referida por sus escritos y sus traducciones. A partir de ello, podemos entender el enfoque pensado para el volumen, donde quizá lo más substancioso no sea el resumen biográfico, ni tampoco el ramillete de recuerdos que va desgranando el ensayista en capítulos como el titulado «Borges y yo». Cuando el interés se refuerza es, precisamente, al adquirir prioridad los tópicos metafísicos que Borges trocó en connotaciones inmediatas

de su obra. En este plano, concluye Savater que «una de las intuiciones más geniales de Borges (y que prueba su profunda comprensión de la tradición filosófica) es que contempla las grandes construcciones especulativas no como productos refinados del uso lógico de la razón, sino por el contrario como obras maestras de la *imaginación*». En esta actividad fabuladora recurre un eclecticismo filosófico que, al decir de su admirador, «no es simple consecuencia, como él quiso hacernos creer, de incapacidad para alumbrar ideas propias, sino de un radical y poético *escepticismo*, el cual también implica una toma de postura especulativa».

Por su tono informativo, espontáneo, arraigado en el estilo que cultivaba el autor en sus obras mejor difundidas, este libro se instala cómodamente en esa modalidad de ensayo que escapa de los círculos eruditos y expone sus razones a favor del lector. Una parecida observación merece el diseño de la entrega, pues la glosa que se aplica a la producción borgiana sirve de preámbulo a una antología —un «florilegio de asombros personales» lo llama Savater—, en este caso dirigida a los iniciados que prefieran releer piezas menos frecuentadas del repertorio.

Guzmán Urrero Peña

El fondo de la maleta

Multiculturalismo

En uno de los habituales deslizamientos semánticos frecuentes en su profesión, ciertos periodistas han tomado por sinónimos el multiculturalismo y el pluralismo cultural, propio éste último de las sociedades donde existe un estatuto de las libertades públicas.

En rigor, ambas categorías nada tienen que ver y responden a concepciones encontradas de la convivencia social. El multiculturalismo es una variante del historicismo romántico, según el cual las culturas son sistemas herméticos de normas, que no se tocan ni se mezclan, equivalentes e indiferentes. Se vive dentro de ellos y el sujeto que pertenece a cada uno de dichos sistemas, no puede salir de su espacio ni mestizarse con otro sistema.

El pluralismo cultural, en cambio, admite la coexistencia de diversas culturas en una misma sociedad, en tanto ellas reconozcan los principios básicos de la civilización a la que se incorporan. Son culturas abiertas en una sociedad abierta, que dialogan entre sí, se hacen préstamos, se confrontan y se interfieren.

Más al fondo, lo que está en juego es la existencia o la inexistencia de la humanidad. La diversidad cultural de los seres humanos ¿es compatible o incompatible con una condición común a todos ellos, a todos nosotros? El multiculturalismo contesta que no, el pluralismo cultural contesta que sí.

Si aceptamos el multiculturalismo en sentido estricto, es posible que un cliente de un restaurante madrileño exija que se le sirva carne humana porque en su país el canibalismo es legal y hasta litúrgico. El ejemplo es extremo, imaginario y algo esperpéntico. Pero no lo es el caso de aquel torero de etnia gitana que contrató a un asesino profesional para que matara al amante de su mujer, invocando una supuesta ley tradicional gitana que así lo establece. También en este ejemplo, el multiculturalismo protegería al marido ofendido, aunque la ley penal española considere el caso como una incitación al homicidio agravado, en grado de complicidad.

El siglo pasado ha conocido paradigmas multiculturales de sangriento orillo. Los nazis proclamaron la existencia de valores éticos inherentes a la raza aria o, más concretamente, a la tribu germánica, que los autorizaban a someter a los pueblos inferiores y más débiles. Ideologías como la negritud y el indigenismo, asimismo el llamado feminismo de género, insisten acerca de la relatividad —valga la paradoja: absoluta— de los valores éticos. Lo que es ético para un indio, un negro o una mujer, puede no serlo para un blanco o un varón. Con lo que podríamos concluir que un blanco sería capaz de esclavizar a un negro o dar palizas a su mujer invocando la eticidad de su raza y su género sexual.